

Bares

■ Advertí que faltaba más de media hora para mi cita y busqué un lugar donde matar el tiempo. Estaba en el barrio alto y terminé por entrar a uno de esos nuevos bares que han proliferado en el sector. Un lugar silencioso y a media luz, una decoración elegante y funcional. Me acerqué a la barra y pedí un gin tonic a un barman impecablemente uniformado.

Sólo cuando me trajeron el trago reparé en mi vecino. Acodado sobre el mesón, parecía perdido en sus meditaciones. Había en él, sin embargo, algo que desentonaba con el ambiente. ¿Un viudo de verano? ¿Un comerciante calculando el costo de su próxima inversión? ¿Un jubilado reciente que no sabía qué hacer con sus nuevas horas libres?

El tipo me miró a su vez y me pareció que él también se preguntaba qué estaba haciendo ahí. A lo mejor, yo también desentonaba con el ambiente. Por fin me habló.

—No es lo mismo.

—¿Qué no es lo mismo?

—Esto.

Pensé que el whisky que estaba tomando no era el de su marca preferida, pero el hombre volvió a la carga.

—¿La parece que esto es un bar?

¿Un verdadero bar?

—¿Por qué no?

Me miró con compasión, como si viniera llegando de la Luna.

—¿Cuándo antes Ud. había visto un bar tan silencioso? ¿Qué cara cree que me pondría el mesonero si yo le pidiera un par de cachos o un dominó? Un bar, mi señor, es un lugar, no donde se va a beber, sino donde se deja a un lado toda la represión de la oficina, del hogar, donde los hombres se juntan con los hombres y se grita y se dicen palabrotas y se cuentan chistes picarescos, mientras se define quién paga la cuenta en un "dudo" bien peleado. Eso es un bar, no esto.

En su indignación había elevado el tono de voz y el barman lo miró con severidad. Como que el hombre quisiera decirlo algo, pero optó por dirigirse de nuevo a mí.

—¿Se imagina qué cara pondría ese tipo si yo le pidiera aquí un potrillo de chicha de Quilicura, o una caña de

vino o un sandwich de arrollado? No entendería ni jota, sería como estarle hablando en otro idioma. Aquí hay que pedir en inglés: un "scotch", "black lebel", "twelve years old" o un "gin tonic", como Ud. ¿Por qué no pudo pedirlo con agua tónica?

Para que me dejara tranquilo, le aseguré que la próxima vez pediría ginebra con agua tónica, pero, lejos de tranquilizarse, el hombre pareció ponerse filosófico.

"Lo que sucede —me dijo después de sorber su scotch and soda— es que nos estamos norteamericanizando, que nuestra cultura y nuestras tradiciones están siendo reemplazadas por lo que vemos en el cine y la televisión. Y eso es malo para la salud mental. ¿Ud. se ha dado cuenta de la diferencia que hay entre un curadito chileno y un ebrio norteamericano? El curadito nuestro es alegre, dicharachero, expansivo, porque se cura en esos bares donde todo está permitido; en cambio, el ebrio norteamericano se guarda sus penas y sus problemas, y entonces, se cura y deja la grande. Y termina en un psiquiatra. Y todo eso le sucede por beber en bares como estos, arregladitos, finos, elegantes, en los que hay que hablar bajito y no manchar el mantel.

Apresuré el trago y pedí la cuenta. El hombre se acercó y me dijo por lo bajo:

—Pero no todo está perdido. En el centro aún quedan bares donde se puede jugar al cacho y en San Diego y San Pablo, también. Además, están los bares de los pueblos cercanos. ¿Qué le parece si nos pegamos un pique a Talagante?

Me excusé porque tenía prisa y dejé al hombre solo en su meditación trascendental.

Terminé sin saber si era un viudo de verano, un jubilado o un comerciante aproblemado. De lo que sí estoy seguro es de que lo que me dijo sería lo mismo que me habrían dicho, de estar vivos, algunos viejos periodistas, artistas y escritores que conocí en otros tiempos, cuando ellos practicaban una vida de bohemia que terminó por extinguirse lentamente, así como se están extinguendo los sucios, bulliciosos y vtales bares que los cobijaron.

PARTIQUINO